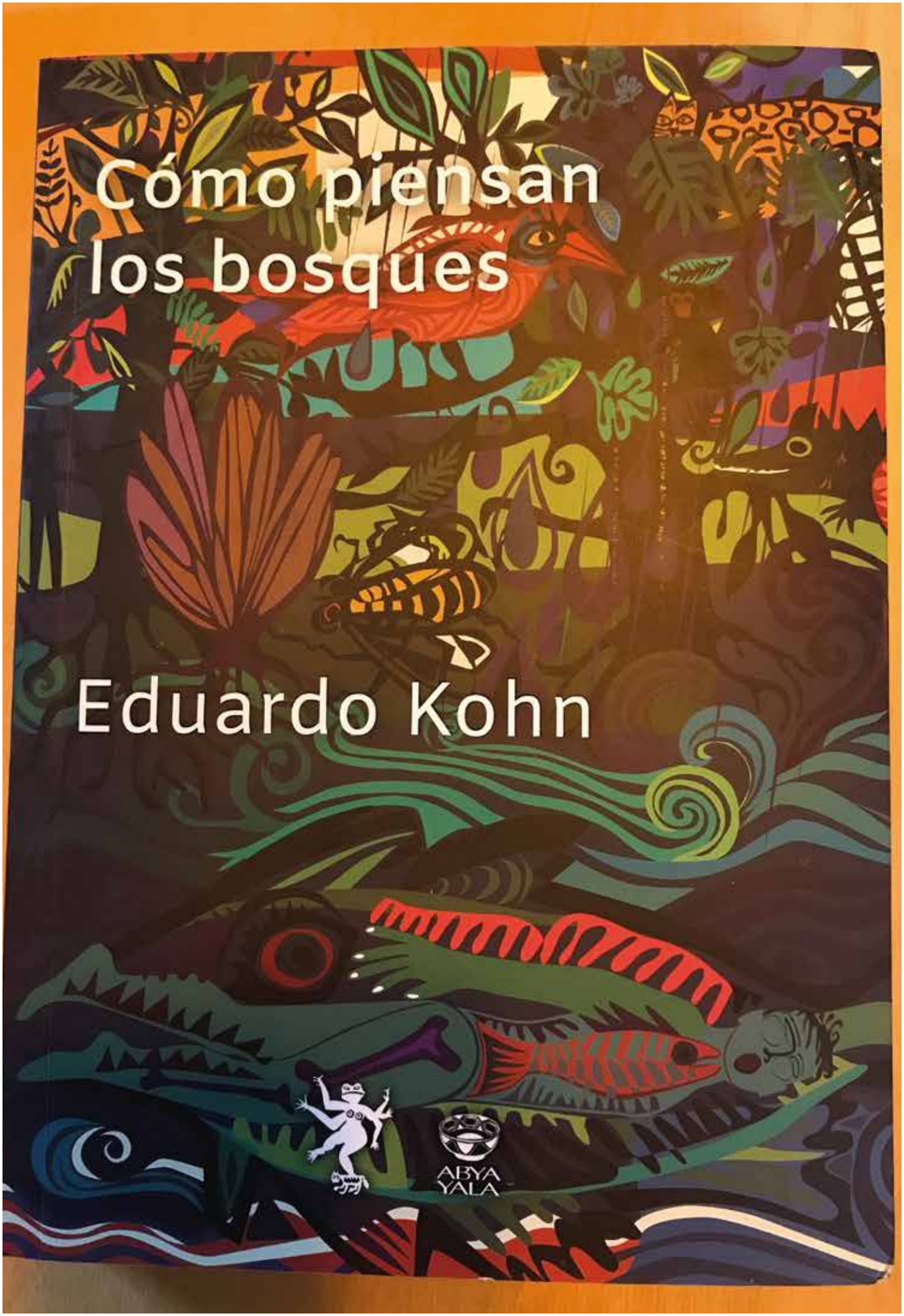
Cómo piensan los bosques

Eduardo Kohn



ABYA YALA

Prólogo en conversación con Manari Ushigua

¿Qué significa pensar con un bosque?, ¿cómo hacerlo? y ¿con qué fin?

Esta obra, aquí presentada por primera vez en español, pretende abrir un camino para abordar estas preguntas. Como tal, es un trabajo que gira en torno a la preocupación de cómo pensar en la época en que nos encontramos actualmente. Para pensar juntos sobre este desafío, invité al líder sapara Manari Ushigua a reflexionar sobre este prólogo. Sus comentarios hacen parte de una conversación más amplia que hemos venido entablando en los últimos años con el fin de desarrollar nuevas formas de pensar para estos tiempos. Este intercambio de ideas, como dice Manari, es una forma de sanación recíproca (*pariyumanda ambinakuna*). Es la medicina que nos ofrecemos el uno al otro, pues por medio del diálogo nos orientamos mutuamente. Sus palabras en cursiva, intercaladas con mi texto, sirven, a veces, como afirmaciones y aclaraciones; en otros momentos, desvían las ideas por otras sendas. Caen sobre el texto como un anochecer. Son trazos de los pensamientos orientadores que residen en el mundo onírico.

Este libro es un trabajo filosófico, ya que busca repensar radicalmente la manera en que pensamos para enfrentar esta época que se ha llamado el "antropoceno"; una época marcada por los asombrosos cambios climáticos que nosotros los seres humanos (o, por lo menos, algunos de nosotros; los denominados "modernos") hemos puesto en marcha, y por todas las fragmentaciones ecológicas y sociales que estos procesos de cambio conllevan.

En el mundo cotidiano la gente todavía no se da cuenta de lo que está pasando con el planeta, pero cuando tomamos aya waska los espíritus (tsawanu) *nos dicen, "La tierra ya no soporta, está cansada, ustedes son demasiados. Si no cambian, la tierra misma, las aguas, los terremotos los*

matarán". El mensaje que nos dan es que, si queremos seguir viviendo, tenemos que aprender a pensar y vivir de una manera nueva. Por ejemplo, tú, Eduardo, tomas tabaco para hablar sobre estas cosas. Así harán todos en el futuro. Este libro señala un cambio en la forma de trabajar y conversar, y también en la forma de estudiar. Empezamos a tocar, podemos decir, un futuro. Y ese futuro ya está aquí. El cambio climático nos está presionando a que ese futuro lo empecemos a vivir en este momento.

Mi meta con este libro es demostrar que hay una forma de pensar —o sea, de crear conceptos— con los conceptos que nacen del mundo viviente; de ese mundo que se llama "bosque" en español, *sacha* en kichwa, *naku* en el idioma sapara.

Cuando camino en la selva siento una presión fuerte de empezar a pensar de una nueva forma. Y tu libro es como una puerta que nos abre a esa forma de pensar. Siempre estamos creando conceptos con la selva. Por ejemplo, el proyecto Naku, que sirve para que los de afuera aprendan, con ayuda de los sapara, a armonizarse con los pensamientos de la selva, es, podemos decir, una filosofía. Adentro, en la selva, con la comunidad se habla —tú conoces— sobre cómo usar tabaco, sobre cómo conectarse con el mundo espiritual por medio de los sueños y de las caminatas por el bosque, y sobre cómo vivir desde el mundo espiritual. Y esto es importante porque hoy en día pensamos demasiado desde el mundo material. Con todo lo que está pasando con nuestro planeta tenemos que acordarnos nuevamente de cómo vivir desde el mundo espiritual. Entonces, lo que vemos con este ejemplo es la creación de un concepto; es una manera de entender la vida. Y este concepto tiene su propia vida. Es un espíritu, un Dios (Pyatsaw), *un niño que poco a poco va creciendo si lo alimentamos bien.*

Cómo piensan los bosques es un trabajo de especulación metafísica que intenta crear las herramientas conceptuales para efectuar un giro mental radical —un *tyam*, como se dice en kichwa—. Este libro es, entonces, una intervención política, pues vislumbra la necesidad urgente de poner en marcha esta otra forma de pensar para el bien de los seres, humanos y no humanos, que formamos parte de esa vasta red viviente; una telaraña eco-

lógica que es a la vez asombrosa, frágil y, en general, invisible. Argumenta que solo de esta forma podremos realizar el verdadero *sumak kawsay*.

Sumak kawsay *es un concepto que viene desde el mundo espiritual y que nos señala la importancia de estar equilibrados con el mundo de la selva. Cuando logramos este equilibrio podemos actuar con respeto hacia los demás, reconociendo que la selva tiene su vida y su forma de ayudarnos a nosotros y a los demás seres vivos. Nosotros los saparas profundizamos este concepto por medio de Kamunguishi. Kamunguishi es un bosque enorme en el centro de nuestro territorio donde nacieron nuestros antepasados. Estamos pensando mucho sobre cómo crear conceptos por medio de nuestra relación con este espacio para entendernos mejor, relacionarnos con la selva y conectar este conocimiento con el mundo más amplio. Nuestro fin no es tanto equilibrar nuestra vida en el mundo material de una forma directa. Eso sería un poco difícil. La vida más bien se va equilibrando cuando nos acostamos y, por medio de los sueños, entramos al mundo espiritual. Ahí es donde en nuestros cuerpos se equilibra el mundo espiritual con el mundo material. Y con este equilibrio se nos van a apaciguar los deseos materialistas de siempre querer más y más sin cansar. Con el equilibrio encontraremos lo suficiente para vivir bien.*

El *sumak kawsay*, entonces, no es simplemente la búsqueda de un "buen vivir", a pesar de como esta frase a menudo se suele traducir —y domesticar— en los discursos estatales. Más bien, es una manera de prestar atención a las propiedades y cualidades especiales de la vida misma —el *kawsay*— para encontrar en ella una forma de vivir bien; es decir, se trata de una orientación ética que viene del mundo viviente. Aunque tomaré un libro entero para explicarlo, me adelantaré a decir que esta orientación ética se vislumbra en un bosque cuando logramos pensar con este de una manera que refleje la forma en que el bosque mismo piensa. Los pensamientos que genera un bosque, como lo explicaré en los capítulos siguientes, vienen en forma de imágenes. Y una imagen, sea nítida o borrosa, "buena" o "mala", tiene la propiedad ontológica de una simple totalidad cuya cualidad holística es, en términos formales, armoniosa, o *sumak* en kichwa. Conectarnos con estos pensamientos silvestres y apreciar cómo se reflejan en nuestro pensar

requiere que nosotros también pensemos por medio de las imágenes. Es por eso que, como lo enfatizan los amazónicos como Manari, entrar al mundo de los sueños, ese ámbito onírico de asociaciones de imágenes, es tan importante para lograrlo.

Uno se conecta con la selva a través de los sueños. Los sueños son personas y nos vienen a contar lo que les parece que está mal con nuestra forma de actuar. Por eso es muy importante conectarse con ellas en el sueño. Es de esa forma que nosotros, los pueblos indígenas, pedimos permiso a los dueños de los animales para cazar. Así mismo pasa con los peces y con las plantas que utilizamos, y así mismo pasa con los ríos, ya que los humanos siempre debemos actuar pensando en ellos. Este libro habla de cómo piensan estos seres con el fin de crear estas conexiones que podemos tener con ellos.

El *sumak kawsay*, en este sentido, es un llamado a encontrar un camino para vivir bien, acudiendo a la manera especial en que un bosque —esa ecología densa de seres, donde sea que se encuentre— tiene la capacidad de manifestar la armonía topológica de una simple totalidad de cualquier índole. Gracias a su densidad vital, los bosques tropicales amazónicos y quienes viven con ellos dan expresión a esta totalidad de una manera sin igual en este planeta. Cabe subrayar, sin embargo, que todos vivimos rodeados por bosques y por ende todos, y no sólo los amazónicos, somos al final "selváticos". Aprender nuevamente a pensar con los bosques es el inicio para "ecologizar" nuestros comportamientos éticos. Este es el espíritu real del *sumak kawsay*.

El *sumak kawsay* contrasta con la ética "modernizante" que nos ha marcado a nosotros y a todo nuestro planeta en las últimas generaciones. Esta ética es lo opuesto de lo armonioso: es, por decirlo en una palabra, fragmentaria. Su fin es lograr el buen vivir para ciertos seres humanos a precio de transformar al resto de seres en objetos —en fragmentos— cuya única función es servir como recursos para este fin.

Cómo piensan los bosques es un llamado a acordarnos de quienes siempre fuimos y, así, a darnos cuenta de la posibilidad de que nuestra vida sea continua con esa vida que nos sustenta en un presente vivible. Es decir, es un llamado a recordar una manera de vivir que se deja guiar

por una forma viviente anterior que nos alimenta. Como subrayan los sapara (Castillo et al., 2016, pp. 7-10), la realidad que sostiene toda la vida es en su esencia "espiritual" (*tsawanu* en idioma sapara).

Tsawanu, para nosotros, es un espíritu. Los humanos tenemos tsawanu. Todas las plantas, el bosque mismo, y hasta la tierra tiene un tsawanu, un espíritu. Por medio de nuestro tsawanu —la parte invisible de nuestra vida—, nos conectamos con los demás seres en la Tierra. En el mundo material los seres parecen muy diferentes. Por ejemplo, algunos seres, como los humanos o los pájaros, nos movemos. El agua también se mueve. Es una persona y por ende tiene tsawanu, como nosotros. Otros, como las plantas y la misma tierra, se quedan quietos. Sin embargo, ellos se duermen y se despiertan, y por ende también tienen tsawanu. Entonces no hay tanta diferencia.

Esta vida espiritual es el plano de los *sachaguna*, los seres de la selva, cuya totalidad logramos vislumbrar en su simple belleza, de vez en cuando y si ponemos atención, por medio de los sueños, de las visiones, y también a través de largas caminatas por los bosques y por otras "ecologías de seres" que todavía, a pesar de múltiples amenazas, siguen persistiendo en nuestro planeta. Conectarnos con la vida espiritual que emerge con la vida misma es esencial para el buen vivir; sin esta conexión caemos en el abismo existencial. Es por esto que nuestra crisis ecológica es también una crisis espiritual.

En el mundo actual hemos valorado sólo una parte de nuestra vida que es la parte material, la parte visible, la parte que se puede tocar. Pero la parte invisible, que es la parte más importante, la hemos olvidado. Esta es la parte espiritual —nuestra conexión vital con la vida tsawanu—. La crisis climática es una crisis espiritual ya que nos hemos olvidado de la vida tsawanu que nos conecta con los demás seres. El primer paso para conectarnos nuevamente con nuestro lado espiritual es recordar los sueños. Con este libro, lo que pedimos es que lean, y se despierten, y empiecen a soñar. Al soñar con este libro, ahí estará el resultado que este nos pueda ofrecer.

Un trabajo como este libro es por supuesto especulativo ya que su fin es imaginar un futuro posible. Pero su forma de especulación es es-

pecial porque nace de lo empírico —es decir, de lo cotidiano, de lo te-
rrenal y de la experiencia vivida y compartida—. Esto se debe al hecho
de que mi profesión, la antropología, es una ciencia empírica. La antro-
pología abarca su pregunta primordial —¿Qué significa ser humano?
— no desde el sillón filosófico, sino por medio de una reflexión sobre la
manera en que nosotros los investigadores somos impactados por nues-
tra convivencia profunda con los seres que habitan el terreno en que
trabajamos. Esta apertura la encontramos en el campo gracias a nuestra
metodología principal: la etnografía. La etnografía es un método, a la
vez único y disponible para todos, que nos pide detenernos, escuchar
nuevamente, y reflexionar sobre lo que hemos aprendido al escuchar de
esta manera.

Hemos perdido el arte de escuchar. Ahora lo primero que hacemos cuando aparece algo es tomar una foto. El celular nos ha cambiado totalmente, pero si, al ver volar un pajarito, paras y empiezas a mirar sin intentar captarle con una foto, eso es otra forma de escuchar; es más bien una forma de saludarle. En este libro hablas sobre cómo escuchar y cómo trabajar escuchando. Así estás recuperando algo que en el pasado practicábamos y que hasta el día de hoy seguimos haciendo los sapara. Ahora veremos cómo la práctica de escuchar irá evolucionando. En nuestro trabajo tenemos que ser más sensibles para poder escuchar lo que el mundo espiritual nos dice.

Por escuchar, no me refiero al simple acto de oír bien, sino a algo
más radical. La escucha etnográfica es una práctica que busca abrirnos a
lo inesperado, dejando de lado los esquemas con los que normalmente
solemos pensar. ¿Qué logramos escuchar de esta manera? Al poner este
método en práctica en medio de un bosque tropical —esa red vasta de
seres vivientes y pensantes— la práctica etnográfica de escuchar cambia.
Pues al entrar al mundo cotidiano de los habitantes de Ávila, el pueblo
runa kichwa-hablante de la Amazonía ecuatoriana donde se realizó este
trabajo, uno se da cuenta de que ese mundo comprende también a seres
de otra índole —es decir, involucra a las plantas, a los animales y hasta a
los "espíritus", los *sachaguna*, que también pueblan el mundo que llama-
mos "bosque"—. Al aprender con los Ávila runa a escuchar a estos seres,

los métodos etnográficos, a la fuerza, se transforman, y al escuchar lo que nos dicen estos seres, también cambia lo que significa ser humano. En fin, si nosotros somos capaces de pensar con otras clases de seres, entonces ¿qué clase de seres somos? Este trabajo busca pensar y trabajar con esa apertura cósmica.

Como mencioné anteriormente, mi trabajo es especulativo. Mi pregunta es: ¿Qué tal si los habitantes amazónicos con quienes he aprendido a abrirme a estos bosques tienen razón y el bosque realmente piensa? Los amazónicos se han jugado toda una forma de vida en su apuesta por esta idea audaz que, así como hemos empezado a reconocer, contiene una real esperanza planetaria. Y algunos, como el Pueblo de Sarayaku y la Nación Sapara, con quienes he colaborado y convivido en los últimos años, han decidido, como parte de una política a la vez local y cósmica, llevar ese mensaje especulativo a un público más amplio.

Esto es evidente en la declaración *Kawsak Sacha* (Selva Viviente) del Pueblo de Sarayaku (2018). En contraste con la cosmovisión occidental, que trata los espacios naturales como simples fuentes inertes de recursos materiales para el provecho singular del ser humano, *Kawsak Sacha* propone que el mundo llamado "natural" está compuesto más bien por seres vivientes y por las relaciones comunicativas que estos seres mantienen entre ellos y con nosotros. Lo radical de este documento no reside propiamente en su contenido (ya que habla de conceptos compartidos por una gran mayoría de los pueblos amazónicos). Lo que lo hace radical es el hecho de que se ofrece como una propuesta política concreta que pretende enfrentar los problemas actuales del mundo en que vivimos, apostando que, si la adoptáramos, transformando así nuestras leyes y políticas públicas, podríamos lograr un buen vivir-en-armonía; el verdadero significado del *sumak kawsay*.

El Sumak Kawsay y la propuesta Kawsak Sacha, desde mi punto de vista, transforman la manera de relacionarse con los demás habitantes de nuestro entorno. Gracias a esa transformación podemos equilibrar nuestras emociones y ahí aparece el verdadero sumak kawsay. Al conectarnos con el mundo espiritual y con el mismo bosque lograremos cambiar nues-

tras actitudes, nuestras formas de entender a las demás personas y hasta nuestras formas de gobernar.

Si mi forma de especulación filosófica empírica recurre a una forma de especulación ya presente en el trabajo conceptual de las varias personas con quienes estoy colaborando, esto se debe al hecho de que la vida cotidiana ya está compuesta por una forma de especulación que se encuentra en el mundo llamado "bosque". Con esto en mente, uno de los personajes de la novela *El clamor de los bosques* de Richard Powers (2018) observa:

> Los árboles hacen ciencia. Realizando mil millones de experimentos de campo, hacen sus conjeturas y el mundo viviente les dice lo que funciona. La vida es especulación y la especulación es vida. ¡Qué palabra más maravillosa! Significa adivinar. También significa reflejar. (p. 454)

La vida misma es una forma de especulación. Es producto de una serie de adivinanzas audaces sobre el mundo que nos dice algo sobre ese significado doble de la palabra "especulación", tal como lo subraya Powers. Una especulación sobre un mundo posible es una adivinanza que emerge a partir de ver un reflejo (como en un espejo) de ese conjunto armonioso y por ende hermoso (*sumak*) de las redes vivientes que hacen que la vida sea posible. Es en este doble sentido que mi trabajo antropológico es especulativo. Es decir, mi fin como antropólogo es, en primer lugar, desarrollar tecnologías de acceso para escuchar estos mensajes de tal manera que mi pensar los refleje y, en segundo lugar, buscar los medios para lanzar esta "adivinanza silvestre" al mundo.

Si aparentemente soy el "autor" de los pensamientos silvestres contenidos en este libro, son quienes piensan con los bosques y, más allá, los bosques mismos —bosques que piensan por medio de aquellos y de nosotros— sus autores verdaderos. Mi fin es sencillamente —a la manera que pueda— sintonizar sus mensajes y así servir como su humilde emisario.

Cuando nos ponemos a hablar sobre el bosque, no podemos decir, "esta es mi historia, esto es lo que yo escribí, estas son mis ideas" porque a los verdaderos sabios (yachak) *que habitan la selva, los que tienen sus raíces*

en la tierra, los seres selváticos (sachaguna) *dueños de los árboles, a ellos no les gusta cuando hablamos de esa manera. Nos están escuchando y no quieren que pensemos que nuestros pensamientos humanos vienen solo de nosotros. Estas no son nuestras ideas; son suyas. Más bien tenemos que dejar que los pensamientos propios de una selva viviente pasen por nosotros para que lleguen a los demás. Los seres selváticos nos están ofreciendo estos pensamientos para que juntos podamos vivir. Y a ti, al ponerte a pensar con ellos, al soñar y tomar aya waska, lo que te cuentan se te sale, de una sola, por escrito* (kilkashkangui kanda).

Una cosa es abrirse a esta otra forma "selvática" de pensar, y otra es buscar las palabras y los conceptos para trabajar con ella de tal manera que pueda efectuar una transformación real. En este sentido he empezado a pensar en mi trabajo como una suerte de lo que Bruno Latour (2013) denomina "diplomacia" cósmica. Es decir, utilizo el método etnográfico, basado en la observación participante, para llegar a un marco conceptual por medio del cual distintos actores, sean chamanes, biólogos o abogados, puedan entender sus respectivos mundos de una forma nueva, gracias a una serie de conceptos emergentes que nacen de, pero que no se pueden reducir a, cualquiera de estos mundos.

Los conceptos deben venir no desde el punto de vista de un solo individuo, sino desde muchos puntos de vista que surgen del conjunto de varias personas, varias culturas y hasta varias naciones. Lo importante es que el conocimiento nazca de la pluralidad. Entonces, ahí sí vamos a saber hacia dónde queremos caminar.

El fin de esta "diplomacia" es entender la manera en que formamos parte de un mismo mundo emergente y, así, reconocer que el bien de este mundo emergente y compartido es lo que nos une y nos guía en la lucha común por mantener la fuente de esa emergencia: la selva viviente (*kawsak sacha*) que nos da vida.

Para los pueblos indígenas, para quienes cazamos en la selva, cada día nos toca hacer diplomacia cósmica con el mundo espiritual. Los tsawanu de la selva nos imponen reglas. No siempre les gusta la presencia humana en su entorno y a veces hasta nos quieren matar. Entonces, a nosotros nos toca

conversar directamente con ellos y hacerles entender por qué necesitamos cazar para poder seguir viviendo. Y esa parte es muy delicada de manejar. Ellos nos cuentan que no hay respeto hacia la tierra, que el espíritu de la tierra se siente muy molesto con lo que nosotros hacemos como seres humanos. Entonces nos toca hacer ceremonias, entrar al mundo espiritual y entablar una conversación con los seres que viven allí, para que ellos se tranquilicen. Es muy importante hacer diplomacia con los espíritus, pero no solamente estamos haciendo una diplomacia con los espíritus de las plantas o de la selva o de la misma tierra; también nos toca hacer una diplomacia con nuestra vida misma, con nuestro espíritu mismo. Porque a veces nuestro espíritu también empieza a tomar sus propias decisiones, diciendo: "mira, este cuerpo ya no me sirve, yo ya me voy". Y así, algunas personas se han muerto mientras duermen. Se mueren y ya no se despiertan. Así que, a veces, nos toca hacer diplomacia para seguir conectados con nuestros propios cuerpos.

El esfuerzo diplomático específico de *Cómo piensan los bosques* está dirigido hacia el conjunto de conocimientos que forman la base de la metafísica occidental de donde nacen las ciencias naturales y humanísticas, y que informan también la visión política y económica que nos ha traído a este lento cataclismo ecológico a nivel planetario. Si hubiese escrito este libro para los Ávila runa, los Sarayaku runa o los sapara, no le hubiera dado el mismo título, ya que ellos saben muy bien cómo pensar con los bosques y por qué. Este libro tiene otro público en mente ya que pretende deformar el conocimiento antropológico y biológico a raíz de ponerlos en diálogo con los conocimientos que emergen de una selva viviente y, por ende, pensante.

Esto ha sido un trabajo difícil y, lastimosamente, ha requerido el desarrollo de una argumentación bastante técnica y precisa para poder vislumbrar una nueva ciencia natural y humanística que se podría denominar "psicodélica". La palabra "psicodélica" me parece apropiada para nombrar esta ciencia emergente que nace y se inspira de la selva viviente. La etimología griega de este término (*psyche*: aliento, espíritu, mente, más *deluon*: manifestar) alumbra la manera en que el conjunto ecológico de seres vivos (*kawsak*) y pensantes (*yuyayuk*) que forman la

selva (*sacha*) manifiestan o nos abren (*paskarina*) a una suerte de mente emergente. Esta mente, en términos amazónicos, se puede entender como espíritu (*amu, tsawanu, yuyay*) y, en términos chamanísticos, uno se conecta con ella por medio del aliento (*samay*).

Pensar de una forma psicodélica nos abre a los pensamientos psicodélicos que emergen en el mundo viviente. Esto nos permite descubrir el *yo* más grande del que nacimos, ese que surge cuando dejamos morir al pequeño *yo* individual y humano. Es hacia este *yo* emergente al que tenemos que volver a orientarnos. Espero que este libro sirva de alguna manera para la realización de este fin.

Cuando tomas aya waska ves patrones o diseños (muru) *y cada uno de esos patrones es como una puerta que puedes abrir y por la cual puedes pasar, y allí explorar y aprender. Aprendes sobre tu vida y el mundo y, después de un rato, esa puerta se cierra y otra se abre. Si tomas aya waska muchas veces puedes entender algo mucho más amplio, el* kawsana yachay *(conocimiento de la vida); puedes entender lo que está pasando con el mundo, y después de un rato la mente* —tak— *se te cierra, y sales otra vez. No siempre logramos tener esta apertura. A veces, nuestros cuerpos se espantan y queremos regresar rápido.*

Nosotros somos como Pyatsaw, somos creadores de espíritus. Aun ahorita, en esta conversación, estamos entrando en algunos de esos pequeños patrones (muru), *pero no estamos completamente conscientes de que lo estamos haciendo. Sin embargo, esta noche lo soñaremos. Así funciona el mundo espiritual. Tus preguntas en este mundo tienen sus respuestas en el mundo tsawanu, y las preguntas en el mundo tsawanu tienen sus respuestas en el mundo material. Pensando así nos hacemos sabios* (yachak). *Esa es la manera de abrirte con aya waska, pero también nos abrimos cada noche a través de nuestros sueños, y soñar es algo que hacemos todos los seres que vivimos en la Tierra.*

Cuando vemos las cosas demasiado desde el punto de vista material nuestros pensamientos se mantienen muy cerrados. En los tiempos antiguos (kallari uras), *la primera gente (los* kallari runa) *estaba muy abierta, vivían como los tsawanu. Ahora somos más cerrados, pero estamos empe-*

zando a abrir las puertas nuevamente. Poco a poco nos estamos abriendo. Con este libro nos estamos abriendo, nuevamente, poco a poco. Cuando nos ponemos a pensar, nuestra costumbre (como seres humanos) es llegar a una conclusión. Visto desde el mundo espiritual, concluir es como cerrar una puerta. Con este libro abriste muchas puertas, y aún se mantienen abiertas. Has encontrado la manera de concluir, pero con ideas generales que mantienen el pensamiento abierto. Así vendrán más preguntas y más pensamientos. Tú y yo estamos trabajando estas cosas con tabaco y de esta forma cada niño escrito (kilkashka wawa) *—ya que los conceptos nacen, viven y se van criando y nutriendo como hijos— vivirá con los espíritus. Así la gente irá leyendo y leyendo, y, poco a poco, entendiendo y entendiendo este libro. Al principio van a pensar que es difícil de entender, pero seguirán leyendo, y a la tercera lectura los pensamientos harán que los lectores empiecen a soñar, y así estas ideas tomarán vida.*